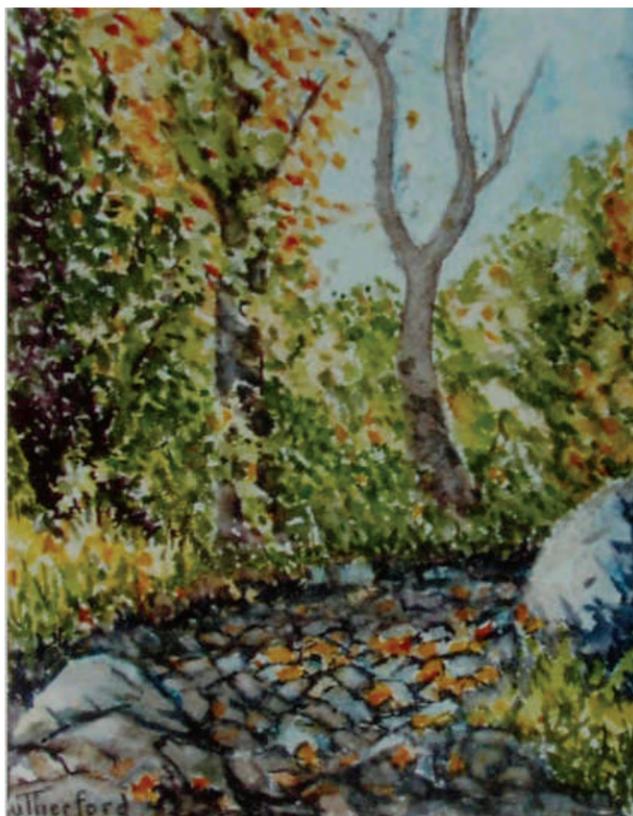


Itinerarios por las Alpujarras

# Camino al Portichuelo

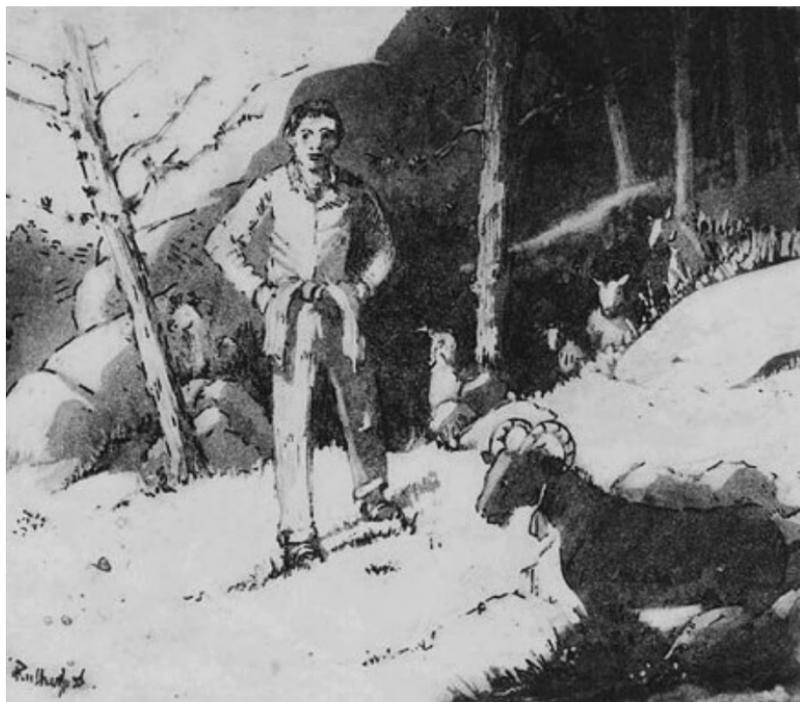
texto: José Pastor González · Paz Isla  
ilustraciones: Jack Rutherford · Juárez·  
fotografías: Mazinka Rutherford



ediciones RaRo

# Camino al Portichuelo

José Pastor González



Amanece suavemente en Cástaras. Empieza a clarear y la oscuridad de la noche va dejando paso a las primeras luces y con ellas a los sonidos de la mañana. El arrullo de las palomas de la iglesia, el alboroto de los gorriones, el ir y venir de algunos coches, el girar de una hormigonera, alguien mancajando en una huerta... Con la llegada del panadero, cuando el reloj de la iglesia ya ha dado las nueve y media, las mujeres y hombres del pueblo se congregan en la plaza. Se dan la vez, los buenos días, conversan, se comparte tabaco, se bromea ... El viajero compra una torta de aceite para el camino y llena la bota de vino en la Posada. El paseo al Portichuelo (o el caminitillo a Los Prados) le han dicho que es corto, no más de una hora, y que no es difícil, sólo empinado.

El viajero coge la carretera y a los pocos metros deja el asfalto y entra en el barrio medio (en la entrada, en un olivo alguien anuncia “La Sabina” y “Los Vigilias”). Del barrio medio al barrio alto el camino está empedrado de antiguo y sombreado de álamos y chopos. Una cruz tallada en una piedra y un pequeño robledal llaman la atención del viajero. El oscuro robledal, “*El Tesorillo*” le nombran, oculto entre grandes piedras y con su suelo tapizado de hojarasca, es un buen sitio para ver pinzones, escribanos y alcaudones.

El barrio alto está abandonado, en ruinas y casi vacío. Sólo algunas casas habitadas, unas huertas, un cerdo gigante al que llaman *Garbancito* y unos obreros levantando una casa, parecen querer demostrar que aquí todavía hay vida. Más tarde, conocerá echando unas cervezas a dos habitantes del barrio alto: Ruth y Sven, y le hablarán de otro, Juan Salas, un curandero que curaba el mal de ojo y las quebrancías. En Cástaras también hay una afamada curandera, Pura, a la que vienen a visistar gentes de numerosos lugares, principalmente de La Alpujarra y de Almería. Pura, recibe de jueves a domingo y sus fieles o pacientes, que el viajero no sabe muy bien como nombrarles, tienen verdadera fe en ella. Y aunque él no cree casi nada en estas historias, le han contado algunos casos notables donde la gente que la visita se ha sanado. Tras beber de una fuente junto a una casa porticada, el viajero se sienta a la sombra a leer un poemario que una antigua amiga le ha regalado:

Tierra  
Sin tierra.  
Hubo un tiempo, no tan lejano  
en que la tierra lo era todo, era un espacio,  
un lugar en el mundo.  
En ese terreno, las manos  
podían conseguirlo casi todo.  
Ahora  
nos basta con el dedo índice  
para advertir, amenazar, señalar  
Y cómo no, marcar  
en un estúpido teléfono móvil  
en el que nunca crecerá nada.

Andando el camino llega a un depósito de agua y a una alberca, cruza el arroyo de *La Alberquilla* y se encuentra con la era de Las *Tierras Negras*. Al viajero las eras abandonadas, con su forma circular y su empedrado, siempre le han parecidos lugares enigmáticos, mágicos, como de ciencia-ficción. Desde aquí arriba se divisa una magnífica vista. Por un lado La Contraviesa, con sus cortijos esparcidos entre viñedos y almendros. Al oeste la sierra de Gádor. Más a la derecha el Cerrajón de Murtas, en cuya cima, dicen algunos que fueron pastores, mana una pequeña fuentequilla que llena gota a gota, pacientemente, un almirez de piedra. Más cercanas la Coronilla de Nieves y el cerro Mansilla. Y abajo, un Cástaras blanco, recogido entre peñas.

La senda sigue trepando y vamos abandonando el agua y la sombra de los árboles ribereños para caminar por un suelo calizo y pedregoso donde el viajero ya sabe reconocer edreas, olorosos romeros, tomillos rojos, rúas, blancas azucemas, espinosas abulagas, tupidos cerveros y alguna que otra encina arbustiva. El viajero entra en algunos de los cortijos que hay abandonados, hace un par de fotografías, escucha el chirriar de las chicharras y observa volar a los llamativos abejarucos. Siguiendo el camino hay un cortijo rehabilitado, una valla y un

túnel de piedra. En Cástaras unos dicen que el túnel se construyó en la guerra para proteger a los soldados que andaban a tiros por esta zona y otros que perteneció a una mina de mercurio que llamaban la fábrica número uno. Tal vez, unos y otros, tengan razón.

Por esta zona existieron bastantes minas de las que sólo quedan ruinas y recuerdos. Además de esta fábrica número uno, estaban las minas de hierro de *El Conjuero*, las de mercurio del Cerro Mansilla, las del Cerro San Marcos .... Se abandonaron las minas, se abandonaron las escuelas, los cortijos, los campos de cultivo, los hornos de pan, los molinos, los balnearios, los caminos ... incluso se abandonó, a la mano de Dios, como dicen aquí, a la gente.

Desde el túnel el Portichuelo está a la vista, presidido por un castaño. Allí, bajo ese castaño, le han dicho que se ponen los civiles, pero hoy allí sólo encuentra a Juan. Juan vive en el barrio medio y tiene un pequeño rebaño de cabras. Habla antiguo y sentando cátedra. De estas sierras, pueblos y veredas sabe lo que no está escrito. Cuando se despide de Juan busca la sombra de unos castaños y disfruta de la torta de aceite, del vino, de los poemas de su antigua amiga y del paisaje. El Portichuelo es un cruce de caminos. Aquí para el autobús que de Granada va a Juviles y desde el Portichuelo podemos acercarnos hasta Trevélez o a Juviles, bajar por las escarrigüelas a Busquístar, o por la carretera a Almegíjar. Tras el descanso, vuelve por el mismo camino a Cástaras y llega justo a tiempo para compartir un arroz con conejo con la gente de La Posada. Por la tarde echa una partida de *paulo* y busca un buen sitio para ver atardecer. Cuando la noche está comenzando a adormecer el pueblo, el viajero se acuesta. Mañana quiere madrugar y darse un paseo por Nieves, Tímar y Juviles.

## EL PAULO

El paulo es un juego de cartas típico de La Alpujarra. Se juega con 30 cartas (las cartas de la baraja española menos las espadas).

Se juega entre cuatro (por parejas) y se dan cinco cartas a cada uno y una carta que será la muestra.

El valor de las cartas es el siguiente:

- \* El paulo: cuatro de bastos.
- \* El tuerto: caballo de oros.
- \* La Andorra: el tres del palo que sea muestra.
- \* La Malilla: el dos del palo que sea muestra.
- \* Rey, Caballo, Sota, As (siete y medio), siete, seis, cinco y cuatro del palo que sea muestra.

En las cartas que no sea muestra el valor es: rey, caballo, sota, as, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos y uno. Cualquier carta que sea muestra gana a las cartas que no sean muestra. El juego consiste en ganar 30 amarracos o chinos. Los quince primeros se llaman la pata mala, los quince siguientes la pata buena.

Los jugadores (por parejas) van jugando de una a una sus cinco cartas, ganando la pareja que se lleve tres bazas. Se juegan dos chinos cada partida y cada jugador puede ir metiendo chinos (de uno en uno) si cree que puede ganar esas tres bazas. Si los contrarios no quieren más chinos, la partida se acaba y la pareja que está metiendo los chinos se lleva los que haya en ese momento en la mesa. Cuando una de las parejas tiene 13 chinos de la pata buena (vamos, que ha ganado ya 28 chinos) los chinos que se apuestan al comenzar las partidas es uno cada vez (en vez de los dos que se estaban apostando de principio en las partidas anteriores).

Como el paulo es un juego por parejas, es importante saber las cartas que tiene tu compañero. Las señas son estas:

El paulo: cejas hacia arriba.

El tuerto: un ojo guiñado.

La Andorra: torcer la boca.

La Malilla: sacar la lengua.

El rey: levantar un hombro.

El caballo: levantar otro hombro.

Las restantes muestras se indican sacando los morros tantas veces como muestras tengas.

Si no tienes nada, estás ciego, la seña es cerrando los ojos.

-Que disfrutéis





fotografías de Mazinka



ilustración de J. Rutherford



ilustración de Juárez



## Cástaras y la garganta

Paz Isla

De tremendas gargantas hablaba mi abuela cuando ambas éramos más jóvenes, cuando aún las dos estábamos vivas. Yo, que como ella soy casi de ciudad, siempre las imaginé inmediatamente debajo de la tremenda cabeza de un gigante, sirviendo de acceso a un espantoso pecho peludo. Me hablaba de enredaderas azules que trepaban a los árboles y de grutas con agua que convertía en estatuas de hielo a quién osaba beber de ellas. En sus historias solía haber caminos en los que se perdían niños, y animales sin microchips vagando por las sierras y amedrentando rebaños soleados. Todo era tan grande, tan salvaje y tan imperecedero que creo haber pasado años buscando los lugares en los que soñaba con ella a la luz del brasero de dos resistencias.

Quiso la suerte que mis huesos vinieran a dar un buen día con estas montañas, con sus grutas, sus gargantas inmensas, sus enredaderas y sus rebaños y desde entonces, cada mañana, cuando paseo por los barrancos o recojo leña para la chimenea siento haber pasado demasiado tiempo escuchando sirenas sin mar, de las que no encantan a nadie, de las que aceleran la circulación de las calles y la de nuestros circuitos.

Cada vez me cuesta más encontrar sentido a la ciudad, a sus luces y sombras, a su ritmo interdependiente. El tiempo aquí arriba se dilata, es otra cosa porque las horas no te engullen y siempre es presente.

Nada es comparable ya con leer un buen libro al sol o con escuchar cómo se asoma la luna tras el peñón de la carretera de Nieves.

He tenido que aprender a reparar mi bicicleta, a cocinar sin casi de todo o a pasar frío, a escuchar a quien venga porque por aquí no viene casi nadie y ya llegar tiene su mérito; a hacer de carpintero, de peón albañil y de escribiente. A pintar más despacio, a callar y a cantar cuando estoy sola y aún he de aprender



adelfa

el nombre de muchas plantas que se beben y hacen bien, o con las que se puede guisar un buen caldo a mediodía.

El único reloj que escucho, por curiosidad, es el de la iglesia, que explica con detalle los cuartos, las medias, los tres cuartos y las enteras, y sólo atiendo a la llamada del panadero cuando vocea desde la plaza las tortas de aceite o el pan del día, la de quien necesita una mano para acarrear ladrillos o la de alguna fiesta casera.

Este es un pueblo que embruja con claridad de magia blanca, sin tropezones y aunque suceden muchas cosas pequeñas, al dormir cada día sueñas plácidamente como si nada separara la vigilia del sueño. Las historias se deslizan, casi no ocurren, la letra es clara y su música tibia. Y es que la canción que entona este lugar sale del oído de cada uno, quizás por eso es posible

escuchar cientos de sonidos que nadie hace, sencillamente el pueblo suena, sus barrancos suenan, suenan sus árboles y las fuentes, el perro de José, el viento, los cascos de un caballo, los guijarros del río, las ranas, los palos y las piedras. Las chicharras.

Aunque nadie hubiera reparado el reloj se sabría la hora por los olores. Hay olores de buena mañana, de mediodía, de anochecer y de tarde. Bien entrada la noche, sobre todo si es fría, el pueblo deja de oler y se duerme. Se para el tiempo y sólo la radio con su música nos permite barruntar que existen otros mundos, otras gentes y otra forma de vivir al otro extremo de la carretera.

Cástaras, escribo tu nombre por obligación, como un homenaje, porque maldita la gracia que me hace pensar que te llenarás de visitantes algún día.

No te quiero sólo para mí, pero sí sin mucha gente. Con un puñado de hombres y mujeres al sol y escaso ruido. Con tu música y con la de los que permanecen. Quizás con alguien muy cariñoso que sepa de bicicletas y niños para la escuela. Este extravagante y sereno discurrir de tus días me tiene loca, de contenta. ¡Si mi abuela casi de ciudad supiera que esas gigantescas gargantas no eran un cuento...!

## los pueblos escondidos

Rakel Rodríguez

Hay lugares que se encuentran en los mapas  
pero a los que pocos se acercan,  
porque sus caminos son intransitables  
y por lo tanto incómodos  
o simplemente porque aparecen tan minúsculos  
que parecen esconderse.

Uno de esos puntos en un mapa es Cástaras.  
Imposible llegar a él de paso, improbable la casualidad.  
Se llega a conciencia, conociendo el camino,  
sabiendo de antemano las curvas constantes,  
la estrecha carretera que sube y sigue subiendo  
para dejarte en un momento dado la visión blanca del pueblo.  
Una vez allí aparecen las huertas,  
ese paisaje aún no contaminado por  
las construcciones masivas ni las tiendas de souvenirs.

Una vez allí aparece la gente,  
José, Paco, María, Iluminada, Gabriel, Carlos, Matea, Pura,  
Juan, Sergio, Alberto, Antonio, Jack, Marzinka, Juana, Matilde...  
La gente que forma parte del paisaje,  
que con sus manos han levantado,  
mantenido o reconstruido Cástaras.

La gente que aún sin estar, han dejado su huella y su recuerdo  
y permanecen. Porque el paisaje no es un ente abstracto,  
no es un arte casual sino que es algo formado por años y años  
y años de pura constancia y manos y manos  
que han trabajado en ella, domándola, mimándola, sufriendola  
y ahora nosotros, ahora tú, ves el resultado,  
desde esa curva de la carretera  
el pueblo ante ti, su vida escondida y encontrada.  
Encontrada en el interior del pueblo,  
en esa plaza de la iglesia, centro de todas  
las celebraciones, en la fuente de los caños,

que buenos remojones ve todos los veranos,  
encontrada en las callejuelas estrechas  
que suben hasta el barrio medio y el alto,  
encontrada en el rumor del agua que inunda el pueblo  
y sus alrededores.  
Y ojalá puedan ser muchos los ojos que puedan verla  
y encontrarla así,  
manteniendo su paisaje y su esencia,  
sin brillos de neón pero con luz propia,  
sin adornos artificiales porque tiene la naturaleza de su parte,  
y así podamos seguir viéndola quienes ya la vimos una vez  
y nos fue imposible sustraernos a su belleza y a su gente...

# **Itinerarios por las Alpujarras**

## **Camino al Portichuelo**

© ediciones RaRo, marzo de 2007

Depósito Legal: J-150-2004

edicionesraro@hotmail.com

diseño gráfico: Thomas Donner



ediciones RaRo

